

illa Dei natura, quæ tenet omnia, implet omnia, complectitur omnia, superexcedit omnia, sustinet omnia. S. Gregor. Hom. 8. sup. Ezech.

Magna custodia tibi necesse est, quoniam ante oculos iudicis cuncta cernentis vivis. S. Ber. lib. Medit. cap. 5.

raleza divina, que todo lo posee, todo lo llena, todo lo abarca, que todo lo excede, que todo lo conserva.

Debes vivir con gran vigilancia, pensando, que vives á la presencia de aquel juez que todo lo ve.

DIOS (Deberes para con), véase DEBERES PARA CON DIOS y CULTO.

DIOS (Abandono de), véase ABANDONO.

DIOS (Servicio de), véase CARACTERES DEL ESPÍRITU DE JESUCRISTO Y DEL MUNDO.

DIOS (Necesidad de servirle desde la juventud), véase JUVENTUD.

DIRECTOR ESPIRITUAL.

(SUS CUALIDADES.)

I.

Numquid potest cæcus cæcum ducere? Nonne ambo in foveam cadunt?

¿Por ventura puede un ciego guiar á otro ciego?
¿No caerán ámbos á dos en el precipicio?

(Luc. vi, 39.)

El hombre debe enderezar todos sus pasos hácia la eterna bienaventuranza. Para esto necesita elegir un director sabio, prudente y celoso, que tenga bastante firmeza para hacerle cumplir todos sus deberes, y mucha caridad, discrecion y dulzura para hacércelos amar. Esta eleccion es de la mayor importancia, porque el fiel ha de

poner en manos de su director lo mas precioso que tiene; esto es: ha de depositar en su pecho los secretos de su corazon, los negocios de su conciencia, los intereses eternos de su alma, y aún su misma alma. La senda del reino de los cielos es escabrosa; y si el director que tomamos, no fuese sabio y celoso para apartarnos con mano firme de los precipicios, estaríamos siempre en gran peligro de perdernos. Os exhortamos, decia S. Gregorio en el séptimo Concilio de Roma, os exhortamos que no os dirijais á aquellos ministros del altar, que traen una vida poco arreglada y carecen de la ciencia necesaria para guiaros, y así, mas tienden á perder las almas, que á salvarlas, segun las palabras de Jesucristo: *Si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en el precipicio*; sino, que busqueis á los que, instruidos en la religion y las santas Escrituras, os sepan mostrar el camino de la verdad y de la salvacion.

Cuando se trata de nuestra vida ó muerte temporal, nadie, pudiendo elegir entre dos médicos, uno muy hábil y práctico, y cuidadoso de conservar la vida y restablecer la salud á sus enfermos, y otro ignorante, descuidado, y que no se interesa poco ni mucho por la conservacion y salud de sus enfermos, ni por su enfermedad, ni por su muerte, nadie, repito, elige al segundo; ¿cuánto más solícitos debemos ser de elegir el mejor médico, al tratarse de nuestra vida ó muerte eterna? Buscad, pues, el director que os sepa guiar por el camino árduo de la salvacion; y para que no os equivoqueis en la eleccion, quiero hoy explicaros las cualidades ó circunstancias de que debe estar adornado. Imploremos primero los auxilios de la gracia. A. M.

1. Si los directores de las conciencias fuesen como los ángeles, impecables é incapaces de error, escusado seria examinar las prendas y circunstancias de que deben estar adornados para poder ser elegidos; pero estando todos sujetos á errores, exige la prudencia, que busquemos con diligencia á los que sepan desempeñar su ministerio con mas perfeccion. Santa Teresa confiesa, que algunos directores le ocasionaron no pocos daños en su alma, no porque tuviesen mala intencion, sino por falta de ciencia. Con razon, pues, dice Orígenes (HOM. XI IN PSALM. 57) que debemos emplear el mayor cuidado en buscar un director diestro y adornado de todas las prendas que se requieren para el desempeño exacto de su ministerio. Mas ¿qué prendas han de ser éstas? Hé aquí las principales.

En primer lugar, debe el director estar adornado de virtudes. Este encargo hacia S. Juan Crisóstomo á todos los ministros de la Iglesia (HOMIL. XV IN MATH.); lo propio decia tambien el Apóstol á su discípulo

Tito (TIT. I, 9), previniéndole con la mayor eficacia, que fuese irreprehensible, prudente, templado, honesto, casto, misericordioso; añadiendo, por último, que éste era el medio para que tuviesen fuerza sus palabras y doctrina.

No basta que sea virtuoso el director de las almas, debe, además, estar instruido en las santas Escrituras. Sin esta ciencia no se desempeña tan santo ministerio con toda seguridad y perfección. Santa Teresa de Jesús deseaba con tal eficacia que fuese docto su director, que llegó á decir, que mas temía á los directores ignorantes, que á los mismos demonios; y en caso de no tener el director muchos conocimientos, deseaba que no tuviese ningunos, con tal que fuese virtuoso y de costumbres edificantes, porque los medianamente letrados, le habían causado mucho daño (IN VITA P. I, 25).

Es preciso también, que el director sea íntegro, esto es, que proceda con exactitud en el cumplimiento de su oficio, poniendo en este único objeto todo su cuidado y atención; no en despachar mucha gente, aunque sea grande la concurrencia de penitentes, puesto que lo que importa es dirigir bien las conciencias, aunque sean pocas en número. En fin, por no detenerme más de lo preciso, todo el desvelo del director ha de consistir en obrar en el santo tribunal de la penitencia con rectitud, sin que respeto humano alguno le desvie de lo justo; sin hacer excepción de personas, ni declinar á los extremos de severidad ó de blandura, y pesándolo todo en la balanza del santuario.

Ha de ser además el director, aficionado al retiro, y no entregado á distracciones. Conviene que los fieles no vean á su director sino en el confesonario. La estrella que guió á los Magos no se dejó ver sino para guiarlos y conducirlos á donde estaba el Mesías; cumplido este objeto, desapareció. Así también conviene que desaparezca el ministro de Dios, cuando no tiene que ocuparse en guiar y conducir las almas al Señor. Queriendo Dios entregar á Moisés las tablas de la Ley, mandóle que se retirase á la soledad, enseñándonos con esto, que para instruir y dirigir á los fieles es necesario tratar con Dios en el retiro. Si el director gasta el tiempo en visitas impertinentes, distrayendo las potencias y sentidos en cosas no necesarias, ¿qué espacio le quedará para conversar con Dios, y pedirle las luces y auxilios necesarios para el desempeño de su ministerio? ¿Acaso ha de comunicarle Dios sus dones en las diversiones y pasatiempos? En la soledad, dice el Profeta Oseas (I, 14), en el retiro y recogimiento es donde habla Dios al corazón y le comunica sus gracias. A más de que, es indispensable este retiro para el buen crédito del pueblo, y, por consiguiente, para el buen logro de su doctrina. Somos hombres; pere en el confesonario

rara vez se conoce que lo somos. En el trato familiar es donde se descubren nuestras imperfecciones y faltas.

También ha de ser el director enemigo de la avaricia. Tenga siempre delante de sus ojos la doctrina del Salvador, para dispensar graciosamente la potestad que graciosamente se le ha conferido. Es preciso que el director se abstenga de recibir doncellas, presentes, obsequios, servicios y regalos que le hagan, ó quieran hacerle las personas que dirige; pues semejantes demostraciones suelen traer pésimos resultados. A lo más, dice S. Jerónimo, se pueden permitir semejantes expresiones alguna vez, á fuerza de ruegos, y con tal que sean cosas de poca monta.

El director no debe mezclarse en negocios extraños. Solo cuando lo pide la necesidad ha de tratar con sus penitentes, y aún con mucho cuidado, si son mujeres, porque, como dice el venerable Juan de Avila, «con la frecuente conversacion se engendra en sus corazones un amor que les cautiva un tanto, y hace que tomen á pena la separacion, y se alegren de verse y hablarse, y tras esto acaba por significar el uno al otro el amor que se profesan; en lo cual, y en otras pláticas no tan espirituales como las primeras, se huelgan estar hablando algun rato, y poco á poco la conversacion, que primero aprovechaba á sus ánimas, los cautiva, con acordarse muchas veces uno de otro, y con el cuidado y deseo de verse algunas veces, y de enviarse afectuosos regalos y agradables encargos, esto es, recuerdos ó cartas. Y todo esto, unido á otras demostraciones de blanduras, como S. Jerónimo dice, no es propio del amor santo; y de estos eslabones, de uno en otro, suelen venir tales fines, que les dá muy á su costa á entender, que los principios y medios de la conversacion, que primero tenían por cosa de Dios, sin sentir mal movimiento alguno, no eran sino falsos engaños del astuto demonio, que primero los aseguraba, para despues cogerlos en el lazo que les tenia escondido (Avila in audi filia, cap. 8).» Ha de ser el director severo y constante; quiero decir, no que sea áspero y duro en sus palabras, ántes por el contrario, debe ser dulce y afable, aunque no amoroso; sino que debe tener fortaleza para reprender cuando sea necesario, y para oponerse en lo que no sea justo, imitando á los apóstoles, que no dejaron nunca de predicar las verdades evangélicas, bien que los príncipes de los sacerdotes les amenazaran con la muerte.

Nada debe estimar tanto un director como la gloria de Dios, dice el Apóstol (I Cor. x, 31). Ora comamos, ora bebamos, ora nos entreguemos á otra obra cualquiera, todo debemos hacerlo para honra y gloria de su divina Majestad; por consiguiente, cuide el director de no

incurrir en la bajeza de buscar su propia gloria, como lo hacen muchos. Por último, ha de procurar el director corregir con frecuencia á sus penitentes, recordándoles sus pecados. En el real Profeta tenemos un ejemplo de este modo de proceder. Pecó David, y sin embargo de saber que Dios le habia perdonado, el pecado cometido no se apartaba jamás de su memoria. Del pecado perdonado, dice el Espíritu Santo (Eccli. v, 5), no quieras estar sin temor: *De propitiato peccato noli esse sine metu*. Pues si debemos temer del pecado perdonado, ¿cuánto más de los que no sabemos si se nos han perdonado?

2. Estas son las cualidades del director. Elegid, pues, amados oyentes, á uno que esté revestido y adornado con ellas. ¡Oh! ¡cuántos y cuán inmensos bienes os podeis prometer de esta eleccion! Escoge, dice el padre S. Ambrosio, un director que te instruya y consuele, para que por este medio te eleve el Señor á tal grado de perfeccion, que no solamente logres la que tiene quien te sirve de guia y de maestro, sino acaso mucho mayor. Josué se aprovechó de las lecciones de Moisés, é hizo con ellas tan rápidos progresos en la virtud, que mereció sucederle en el honor de jefe del pueblo santo, y conquistar la tierra de promision. Eliseo tuvo por director á Elías, y, aprovechándose de sus instrucciones, tuvo la suerte de sucederle en el ministerio de Profeta. Tito y Timoteo, practicando lo que les enseñó S. Pablo, fueron eminentes prelados, y mártires gloriosos.

Nadie presume que por sus solas fuerzas sabrá aprender la misteriosa ciencia de servir á Dios, y conversar con él en la oracion. Cuando el Señor quiso revelar sus secretos á Samuel, llamóle tres veces con una voz semejante á la de su maestro, para que acudiese á él, creyendo que le llamaba; y por su enseñanza y direccion comprendió, que quien le llamaba era Dios, y que si queria le descubriese sus secretos, hábale de responder con humildad: Hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha. ¿No podia el Señor descubrir á Samuel lo que queria sin imitar la voz de Heli? Claro está que sí; pero se dignó valerse de este medio, dice Luis de la Puente, para que entendiésemos, que no llegaremos á conversar familiarmente con su divina Majestad, sino sujetándonos á las lecciones y preceptos de nuestros directores, y obediéndolos puntualmente, porque su voz, como directores nuestros, es semejante á la de Dios. Por este mismo motivo, cuando Jesucristo convirtió á Saulo, y con su gracia le inspiró aquella memorable respuesta: *Señor, ¿qué quieres que haga?* no le declaró por entónces lo que habia de hacer, sino que le dijo, fuese á la ciudad, y que allí se lo comunicaria; como efectivamente sucedió, pues por medio de Ananías le informó de su voluntad; enseñándonos por este

medio, que aunque por sí mismo empieza su Majestad la obra de nuestra justificacion y perfeccion, no quiere, sin embargo, hacerlo todo por sí solo, sino que nos envia á los directores, que están simbolizados en Ananías, para que nos enseñen lo que nos conviene.

Procurad, pues, amados oyentes, despues de haber elegido un buen director, obedecerle puntualmente, para que el Señor os colme de gracias, con las cuales practiquéis las virtudes, y merezcáis un dia la gloria eterna.

DIRECTOR ESPIRITUAL.

(OBLIGACION DE BUSCARLE).

Ite, ostendite vos sacerdotibus. Et factum est, dum irent, mundati sunt.
Id, mostraos á los sacerdotes. Y cuando iban, quedaron curados.

(Luc. xvii, 14.)

Confieso que me causa admiracion la estupidez é insensibilidad de los mortales por lo perteneciente á los intereses del alma, viéndolos, al mismo tiempo, tan solícitos, cuidadosos y diligentes en los negocios temporales. Sea para buscar estos bienes transitorios, sea para huir los males del cuerpo, no hay piedra que dejen por mover, ni diligencia alguna que practicar. Arrójanse á los mares, minan las tierras, padecen los mayores afanes, buscan las mas exquisitas y costosas medicinas para procurarse la salud, si enferma el cuerpo, ó para mantener y aumentar el patrimonio. Sujétanse los hombres, por adquirir las ciencias humanas, al continuado desvelo de un penoso estudio, frecuentan las aulas en la mas rigida intemperie de las estaciones del año, se destierran voluntarios de su patria, de sus padres y parientes, y quebrantan la fogosidad de la juventud con la diaria tarea de los libros. Estos mismos trabajos y otros mayores experi-

mentan y devoran con valor los que se dedican al comercio, á las artes, á la agricultura y á la milicia. Y ¿para conseguir la ciencia de la salud, para sanar el alma de sus enfermedades, para buscar los bienes verdaderos del espíritu, para conseguir aquel *uno* necesario, ¡qué desvelos, qué fatigas, qué sudores les cuesta! ¡Oh pobre alma, y qué poco aprecio hacen los mortales de tu grande dignidad! No hay hombre, por mas estúpido y necio que queráis suponerle, que no busque, pudiendo, el mejor médico, si enferma, el mas hábil abogado, si pleitea, el maestro mas instruido, si trata de aprender algun oficio; y para dirigir el alma por los escollos y bajíos de un mundo borrascoso, pocos, y aún poquísimos, buscan un director espiritual, un piloto diestro que los conduzca con seguridad, ó con ménos peligros, al puerto de la vida eterna. ¡Oh dolor! todos se imaginan suficientes, todos diestros para navegar sin arrimo por entre tantas tempestades. ¡Oh estupidez! los hombres mas santos, los religiosos mas ajustados, las personas de vida mas ejemplar y cristiana, no pueden pasar sin una guia que los encamine, sin una luz que los ilustre, sin un maestro espiritual que los dirija; y los mundanos, metidos en las faenas embarazosas del siglo, ¿se creen no necesitar de tan precioso medio para caminar seguros? ¡Extraña insensibilidad! Para desengaño, pues, de tan pernicioso error, y para ilustrar vuestra ignorancia en esta parte, os propondré la obligacion que teneis de elegir un buen padre espiritual, un buen confesor, un ilustrado director de vuestras conciencias, y las maravillosas utilidades que de tenerle resultan. Ambas cosas abraza el texto que he tomado de San Lucas. *Id.* dice el Señor, *mostraos á los sacerdotes*; ved aquí la necesidad de un padre espiritual. Lo explicaré en la primera parte. Y *cuando iban, quedaron limpios*; ved ahí su utilidad. Lo vereis explicado en la parte segunda. Bien merece, amados míos, un asunto de tanta importancia vuestra favorable atencion. Pidamos la gracia: A. M.

1. Si por autoridad pretendiera demostraros, la obligacion que tienen los cristianos de buscar un buen director de sus conciencias, probaria invenciblemente no solo la obligacion de buscarle, sino la de elegir el mejor entre los que se presentasen. Suponiendo por fundamento el precepto divino y eclesiástico de la confesion, os diria con el catecismo del santo Concilio de Trento (CAP. XVI de *sacra poenitentia*), que debe cada uno de los fieles poner grandísimo cuidado y diligencia para elegir por propio director un sacerdote, que sea laudable por la integridad de costumbres, por su doctrina y prudencia. Expondria tambien con Orígenes (HOMIL. II. SUPER PSALM. 37) la

obligacion de elegir uno de los mejores confesores, con el ejemplo del cuidado que todos ponen en buscar el mejor médico.

Pero quien os convencerá de la obligacion que teneis de procurar con toda vigilancia y solicitud aquel confesor, que juzgueis para vosotros el mas oportuno, es el gran padre san Basilio, que dice así (*De abdicatione saeculi*): «debes con el mayor cuidado y solicitud desvelarte por hallar un hombre, al que puedas seguir como verdadera guia y segurísimo caudillo en el tenor de vida que has emprendido; que sepa enseñar bien el camino á los que buscan á Dios; que esté adornado de todas las virtudes; que con sus obras haya dado suficiente y claro testimonio de que arde en su corazon el fuego del amor divino; que sea versado en la ciencia de las divinas Escrituras; que tenga un ánimo sólido y constante, para no dejarse llevar de aquellas cosas que suelen corromper y pervertir los entendimientos de los hombres; que abomine la avaricia; que esté del todo libre y ajeno de las ocupaciones y negocios seculares, deseoso de quietud, lleno de amor de Dios, pobre y aficionado á la pobreza; que no se deje sorprender de la ira; que se olvide de las injurias recibidas; que de buena gana se aplique á instruir y enseñar á aquellos que llegan á él; que no sea vanaglorioso y soberbio; que aborrezca las adulaciones y lisonjas; y finalmente que mire á solo Dios, y no ponga su atencion en los demás.» Estas excelentes prerogativas y apreciables dones que expresa san Basilio, parece comprendió san Gregorio papa, cuando dijo (IX PASTORAL, II. PART. CAP. 6): «sea el superior para con sus súbditos lleno de misericordia para consolarlos, y adornado de severidad para piadosamente corregirlos. Aplique á las llagas vino y aceite; vino, para que sea picante y preservativo; aceite, para que sea mitigante y lenitivo. Necesita, pues, mezclar la dulzura con la severidad, y hacer de ambas una bella composicion, á fin de que ni la mucha severidad exaspere á los inferiores, ni la demasiada dulzura los haga disolutos.» Estos dictámenes de los santos van en todo conformes con las divinas Escrituras, pues en el capítulo IV del Eclesiástico se nos dice: no te rindas á nadie para pecar: *Non te subjicias omni homini pro peccato* (Eccli. IV, 31). Y es como si dijera: cuando trates de confesarte, no lo ejecutes con el primero que se presente: examina ántes si su espíritu es de Dios, porque ni á todo confesor se ha de elegir, ni á todo espíritu se debe creer.

Pero suponed, amados míos, que paso en silencio las autoridades con que se ha probado la obligacion de buscar un buen director espiritual, y figuraos que solo trato de convenceros por razon: ¿pensais que no las hallaria poderosas é incontrastables? Respondedme con

sinceridad: ¿hay muchos peligros en el mundo? ¿los hay en las casas, en las plazas, en las calles y en los campos? ¿hay miserias, hay contradicciones, hay embarazos, hay inconvenientes que evitar, que sufrir, que tolerar, para que la pobre alma camine á la vida eterna? Apenas habeis escuchado esta pregunta, cuando todos de una voz me respondeis; sí, padre: peligros hay en las casas, peligros en las familias, peligros en las calles, en las plazas, en los poblados, en los desiertos, en el mar y en la tierra. Apenas nacemos, cuando ya aparecemos rodeados y aún repletos de miserias. Los pobres y los ricos, los reyes y los vasallos, los pecadores y los santos, todos sentimos un *no sé qué*, que interiormente nos molesta; todos experimentamos una oculta propension á la maldad, y tocamos una infinidad de objetos que nos inclinan á ella: sentimos una continua batalla, en que pelea el espíritu contra la carne, y ésta contra el espíritu; sentimos que nuestro corazon se halla en medio del mundo, á la manera de una nave en medio de los mares, que ya es arrebatada de los vientos, ya combatida de las olas, ya perseguida de los corsarios, ya expuesta á dar en escollos: así nuestro corazon es combatido de apetitos y pasiones, y tentado de varios y encontrados afectos, porque ya teme hundirse, ya presume libertarse; ya quiere, ya aborrece, ya cae, ya se levanta. Pues valga la razon, carísimos hermanos míos: si un buen director de vuestras conciencias os ha de servir de luz que os ilustre, de guia que os encamine, de maestro que os enseñe y de médico que os cure, ¿en qué entendimiento cabe negar su necesidad? Él disipará las tinieblas de la ignorancia que os envuelven, os dirigirá por el camino recto de vuestra salvacion, os enseñará las verdades eternas de la fé y las buenas costumbres, sanará con remedios oportunos vuestras espirituales dolencias, y como diestro piloto conducirá vuestra alma al puerto de la bienaventuranza. ¿Cómo podremos ni aún siquiera dudar, de la grandísima obligacion que tenemos de procurarnos un socorro semejante?

Padre, que estemos obligados á buscar un confesor que gobierne nuestras conciencias, ya lo entendemos; pero que esta obligacion se extienda á elegirle con las prendas que se han explicado, parece un precepto duro. ¿Cómo nosotros, hombres del mundo, sabremos conocer la instruccion y ciencia del confesor? Los cristianos que viven en los pueblos pequeños, en que no se encuentra más que un solo párroco, ¿qué deberán hacer en este caso? ¿Deberán hacer un viaje á las ciudades ó á otras grandes poblaciones, para buscar un excelente director? Estas, padre, parecen doctrinas capaces de llenar de temores y ansiedades á las gentes.

Aunque estos son sofismas muy palpables é ilusiones manifiestas y seductivas, no por eso dejan de oponerlas aún aquellos que se tienen por entendidos. Todo hombre de entendimiento debería avergonzarse de semejante objecion; y pues que la doctrina que os he dado, no es mía, sino de las divinas Escrituras y los santos Padres, sean ellos los que os respondan. Oid á san Juan Crisóstomo: ¿cuántas veces llamais vosotros en las enfermedades graves y peligrosas los médicos mas famosos de otras ciudades, si vuestras facultades os lo permiten? ¿Cuántas veces en los negocios y pleitos importantes consultais los abogados de más fama? ¿Qué extraña cosa sería que os dijésemos, que en cualquiera gravísima é importantísima dificultad ó necesidad de vuestra alma estais obligados á hacer lo mismo? ¿No veis arruinados de un golpe con estas solas palabras todos vuestros argumentos? Valga la razon, señores míos, y decidme, ¿si este modo de pensar es consiguiente: de los médicos el mejor, de los abogados el mejor, de los jueces el mejor, de los músicos el mejor, de los criados el mejor, y de los confesores cualquiera? ¿Es juiciosa, es prudente, es sabia esta conducta? Condescendamos, sin embargo, aún cuando así no debiera ser, para agradaros. Escuchad estas reglas para la práctica. No todos, ni en todas las confesiones, están obligados los cristianos á tan exquisitas diligencias. Porque así como en los asuntos temporales fáciles, ordinarios y de corta consideracion, todo ministro se considera suficiente; todo abogado y todo juez es bastante hábil para un pleito fácil, todo médico para una indisposicion ligera y todo artífice para una obra basta y comun, á este modo para las confesiones de pecados claros y culpas ligeras, todo confesor puede estimarse á propósito. Para la gente del campo y los cristianos, que ya han entablado una vida arreglada de ordinario, todos los confesores son capaces. Las gentes de los pueblos pequeños, en donde no hay más que un sólo párroco, cuando con buena fe y con sinceridad de corazon se presentan á él, recibirán la luz necesaria. Dios suministra á todos su divina gracia; y si los feligreses obraran con ella, nunca estarian mejor gobernadas sus conciencias que cuando frecuentaran las confesiones con sus propios sacerdotes, que son los señores párrocos. Además ellos van con frecuencia á los mercados y ferias de las villas y lugares, en donde, si lo procuran, hallarán cuanto puedan apetecer; y su divina Majestad les envía tambien de tiempo en tiempo las santas misiones, en que reciben grandes luces para instruirse en las verdades eternas, y se les presentan las ocasiones más favorables para desahogar sus conciencias y tranquilizar su corazon.

Pero aunque los dichos, por el candor de sus costumbres, por la

diaria fatiga de las labores del campo ó de sus talleres, y mas principalmente por vivir distantes y apartados de negocios árdulos, difíciles y de gran responsabilidad, no necesitan siempre los más sobresalientes ministros, los necesitan ciertamente los comerciantes, los jueces, todos los dependientes de los tribunales, y cuantos tienen que dar ó conferir empleos. *¡Ay de vosotros que os teneis por sabios en vuestros ojos,* dice Dios por Isaías, *y por prudentes allá en vuestro interior!* (v. 21). Y es como si dijera: ¡ay de los que, ensoberbecidos con su ciencia, creen que todo lo saben, y que no necesitan tomar consejo! Estos, dice el apóstol san Pablo, diciendo que son sabios, se han hecho necios: *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt* (ADROM. I, 22). Vosotros, pues, que teneis empleos de gran responsabilidad, ó tratáis asuntos de mucha importancia, buscad un buen director de vuestras almas, consultadle con frecuencia, tomad sus consejos, y no os desamparará la sabiduría, y el acierto acompañará vuestras resoluciones: *Qui agunt omnia cum consilio,* dice la divina Escritura, *reguntur sapientia* (Prov. c. xiii, 10).

Está bien, me direis; ¿pero cómo no siendo nosotros teólogos, sabremos distinguir los mas hábiles y mas doctos?—Decidme, fieles, ¿sabeis medicina y jurisprudencia?—Pues ¿cómo distinguís los más famosos médicos y los abogados más excelentes? ya veis que no hay excusa. Aquellas diligencias que practicais en la eleccion de éstos, practicadlas en la de aquéllos. El famoso médico es el que sana los enfermos; el excelente abogado es el que gana los pleitos; el mejor confesor, no es precisamente aquel que está rodeado de una multitud de penitentes, aunque puede ser que lo sea; sino aquel que aleja más las almas del pecado, que más las aparta de las ocasiones y peligros, y las hace caminar por la estrecha, pero dulce senda de la virtud. Ved ahí una regla cierta para distinguir un buen director de las conciencias.

Hablemos ahora de las utilidades que resultan de tener un buen director de vuestras conciencias.

2. Siento haber llegado tan tarde á las grandes utilidades que resultan de tener un buen director espiritual; pero aunque sea en pocas palabras, es preciso deciros, que volvais los ojos á vuestros años pasados, y consideréis qué infeliz vida habeis traído. ¡Cuántos pecados cometidos! cuántos trabajos malogrados! qué adelantamiento tan corto en el camino de la perfeccion correspondiente á vuestro estado! cuánta inquietud en los disgustos de la vida! cuánto resentimiento de las injurias! qué impetuosas las pasiones! qué pujantes los apetitos! En una palabra, ¡qué poco espíritu del cristianismo despues de tantos años de cristiano! En qué consiste esto? callas? Yo te lo diré: si des-

pues de confesarte debidamente, hubieras dicho al confesor: suplico á Vm. con el mas profundo respeto, se digne dirigir mi alma, y decirme lo que he de hacer para conseguir mi salvación, que yo ofrezco, mediante la gracia de Dios, poner en práctica sus consejos: ¿qué te respondería tu señor cura ó cualquiera otro buen confesor? No hay duda que te enseñaría á levantar á Dios el corazón por las mañanas, ofreciéndole tus obras, palabras y pensamientos, dándole gracias por los beneficios recibidos, pidiéndole perdon de todos tus pecados, protestando no volverlos á cometer, y determinando tenerle presente en todas las acciones de aquel día; encargaría que oyese, pudiendo, la santa misa, y que profesases una viva, tierna y afectuosa devoción al santísimo Sacramento, á María santísima, al patriarca san José, al santo de tu nombre, al Ángel de tu guarda y á las Almas del purgatorio. Te diría, que te aplicases al trabajo con un espíritu de verdadera penitencia, y que con él llevases en paciencia los dolores, enfermedades y demás calamidades de la vida; que fueses humilde, manso, benigno, afable, verídico, caritativo con tus prójimos; vigilante padre de familia, marido fiel, criado puntual, amante de la paz en tu casa y de la felicidad de tu pueblo; que dieses gracias á Dios, cuando almuerces, cuando comas, cuando cenes, y en todo tiempo; que reces el rosario por la noche, que leas en un buen libro á la familia, que hagas exámen de conciencia ántes de acostarte, y que diciendo algunos actos de contrición, te recojas en paz. Tendría cuidado el confesor de preguntarte cómo practicas estas y otras virtudes; te encargaría la oración mental, para que conocieses con la meditación el bien que debes practicar, y el mal que debes huir; y frecuentando fructuosamente los santos sacramentos, en breve tendría el buen confesor en ti un ciudadano perfecto y un cristiano irreprochable.

¿No veis, almas, los bienes que de aquella pregunta se han seguido? ¿No tocáis ya la grande utilidad que resulta de tener un buen padre espiritual? Pues miremos esta verdad por otro lado. Supongamos que te sucede un trabajo, que te ves en un apuro, que se te muere el marido, la mujer, los hijos, el padre ó el protector; que te levantan un testimonio, que te ponen un pleito injusto, que te persiguen tus émulos ó caes enfermo en una cama: dime con sinceridad; ¿tan mal te estará tener un padre espiritual, con quien consultar tus dudas, con quien consolarte en tus aflicciones, y á quien seguir en tus perplejidades? No lo dudeis, amados míos, creedme, y contad seguramente con vuestra felicidad.

Pensar que esta no es doctrina para las gentes del mundo, y mucho menos para los pueblos cortos, es un manifiesto error, que

solo puede caber en un entendimiento poco dedicado á pensar sobre la decadencia del cristianismo y los medios de restaurarle. Creer que esta doctrina no sea de las más útiles, de las más necesarias de cuantas se os puedan explicar, solo podrá decirlo quien ignore la estrechísima obligación que todos tenemos de entablar y seguir una vida verdaderamente cristiana, y que éste es el medio mas indefectible para lograrla; por cuya omision hasta ahora habeis desarraigado tan pocos vicios de vuestra alma y practicado tan tibiamente las virtudes. Dios nuestro Señor os conceda con abundancia su divina gracia, para que experimenteis las grandes utilidades que resultan de tener un buen padre espiritual. Amen.

DISCORDIA.

Non est dissensionis Deus, sed pacis.
Dios no es autor de la discordia, sino de paz.
(I COR. XIV, 33.)

Nuestra época está constantemente amenazada de una peste moral, mil veces más funesta que la física. Hablamos de la discordia. Estamos presenciando el desplome de los edificios construidos con mejores condiciones de estabilidad, llega á nuestros oidos el rumor de próximas ó lejanas tempestades que amenazan á la sociedad: estamos temiendo por el porvenir de la civilizacion creada á fuerza de tanta perseverancia: estamos observando, por último, que cada hombre tiene un habla distinta, cada pueblo un diferente interés, cada gobierno un particular programa: *Omne regnum divisum contra se, desolabitur; et omnis civitas, vel domus divisa contra se, non stabit.* Todo reino, dice Jesucristo, dividido en facciones contrarias, será desolado; y cualquiera ciudad, ó casa dividida en bandos, no subsistirá (MATTH. XII, 25). La discordia, pues, nos conduce á la perdicion. ¿Y qué ha de hacer, en vista de esto, el sacerdote, ministro de un Dios, que, como dice el Apóstol, no es Dios de disensiones, sino de

paz? Debe clamar para apartar de la discordia y de sus caminos á los que ve en peligro de extraviarse y perderse: debe inculcar en el ánimo de todos los fieles, cualquiera que sea su categoría, el horror á la discordia, y el amor á la union sincera de los que, por tantos títulos, son hermanos. Ved aquí lo que me he propuesto manifestar en el presente discurso. Para inspiraros horror á la discordia, que es un camino de inevitable perdicion, lo mismo en el orden individual, que en el orden general ó público, voy á exponeros sus estragos. De ellos podreis deducir, que la discordia es el mayor mal para la Iglesia, y para la sociedad. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Jesucristo no descendió de los cielos, no tomó carne humana en el seno de una Virgen, ni derramó su sangre preciosa en una cruz, sino para hacer de todos los pueblos uno solo, sin diferencia de climas y de estados, para derribar las murallas que separaban entre sí á los hombres, y para identificarlos consigo, como el Hijo divino es una misma sustancia con su eterno Padre. Escuchad las palabras que le dirige en los últimos momentos de su vida. «¡Padre mio!... Yo he manifestado tu nombre á los hombres que me has dado entresacados del mundo. Tuyos eran, y me los diste, y ellos han puesto por obra tu palabra... Por ellos ruego yo ahora... Yo bien pronto dejaré el mundo, pero éstos quedan en el mundo. ¡Padre Santísimo! guarda en tu nombre á los que me has dado: á fin de que sean una misma cosa por la caridad, como nosotros lo somos en la naturaleza... Pero no ruego solamente por éstos, sino tambien por aquellos que han de creer en mí, por medio de su predicacion. Ruego que todos sean una misma cosa, y que como tú, Padre mio, estás en mí, y yo en tí por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros por union de amor (JOAN, XVIII).»

El pecado original habia introducido la discordia en la tierra, y el empeño del demonio fué, y es siempre, perpetuarla en el mundo, para lograr la perdicion de los hombres. La obra de Jesucristo tenia que ser el restablecimiento de la concordia, y lo fué. Todas las palabras del Salvador, todos los milagros que obró, tienden á que reine entre nosotros la concordia y la caridad, que es el vínculo de la perfeccion y el complemento de toda ley. Bien puede el hombre hablar hasta con lengua de ángeles, mover los montes con su fé, hacer su cuerpo objeto de las más duras mortificaciones, y entregar todas sus riquezas á los necesitados; mientras no reine en su corazon la caridad, no es verdadero discípulo de Jesucristo, no le aprovecharán las obras exterior-